

¡En el nombre de Dios te demando
que me digas quién eres, qué anhelas...
Con tu paso fugaz me desvelas,
y á tu voz me despierto llorando...

Yo conozco esos ojos sombríos
y esas manos de melancolías...
¡Esos ojos, Amor, fueron míos,
y esas manos, Bondad, fueron mías!

Y esa voz, esa voz de consuelo,
más fragante que un huerto florido,
otra vez—no sé dónde—la he oído...
¿En la Tierra quizás, ó en el Cielo?

LA SOMBRA DE BEATRIZ

I

Cruzas por mis tinieblas como una
blancura inmaterial y fugitiva,
como una sombra desterrada viva
de los valles de plata de la Luna.

Como un presagio de mi astral fortuna,
un verde ramo de perenne oliva
ciñe tu blanca frente pensativa
entre la larga cabellera bruna.

Expresión celestial tu rostro asume,
y á tu paso despiértase un perfume
que nos evoca las floridas plantas

ornamentos de cólicos jardines,
donde cortan los Ángeles jazmines,
para ornar el cabello de las Santas.

II

La noche astral de tu cabello ondea
sobre tu etérea y mística blancura.
Es un sueño de amor tu vestidura,
y un nimbo de silencio te rodea.

En torno á ti, tu tibio aliento crea
toda una Primavera de frescura.
Tienes la paz inalterable y pura
que mi cansado espíritu desea.

No sé de dónde vienes. A medida
que en la sombra surgir tu imagen veo,
dentro del pecho, el corazón se para,

como si fueses tú mi propia vida
que, para darle forma á mi deseo,
por mis ojos abiertos se escapara.

III

Resplandecen los místicos senderos
de Luna. En un encantamiento mago,
en la plata quimérica del lago
se deshojan los blancos jazmineros.

Está el azul florido de luceros.
Por el astral camino de Santiago
se pierden mis ensueños, como un vago
desfile de fantásticos romeros.

El Templo de Zafir! Sobre albas nubes
una legión de cándidos Querubes,
con la mano en el pecho, se arrodilla.

Repican las campanas encantadas,
y en la mano de Dios el cáliz brilla
sobre nuestras cabezas inclinadas.

IV

Te he visto en un Ensueño ó en la Vida,
 en las florestas de un jardín lejano
 cogirme como á un niño, de la mano,
 para guiar mi juventud perdida.

En tu regazo se quedó dormida
 mi alma, cansada de buscar en vano
 entre las flores del jardín humano
 las huellas de la eterna Presentida.

Sé que, abriendo una pausa á mi tristeza,
 recliné entre tus senos mi cabeza,
 para dormirme con tu amor soñando.

Soñé un sueño quimérico y divino,
 y al despertarme me encontré llorando
 solo con tu recuerdo en el camino.

V

Vestida de luar, con paso quedo,
 iluminaste mi nocturno triste,
 y á mi vida, sin fe, de nuevo hiciste
 rezar con labio balbuciente el Credo.

Sobre el umbral inmóvil, con el dedo
 en el labio, silencio me impusiste,
 y con voz sin palabras me dijiste
 lo que en lengua mortal decir no puedo.

Frutos de amor en vano gustar quiso
 mi labio en otros labios terrenales.
 Al expulsarnos Dios del Paraíso

como un Ángel, desnuda la ígnea espada,
 se quedó tu recuerdo en los umbrales
 para impedir á todo amor la entrada.

VI

Sobre el jardín insomne de mis penas
 cruzas como el arcángel del Estío,
 desgranando collares de rocío
 y vertiendo perfumes de azucenas.

Con tus manos, me quitas las cadenas
 que me puso el fantasma del hastío...
 Colmas mi corazón: vaso vacío
 que, de paz y de amor, de nuevo llenas!

Te acercas á mis labios, vacilante,
 ocultando el rubor de tu semblante
 bajo el cabello undívago y sedoso...

En un recuerdo astral nos abrazamos,
 y en su divino tálamo gozamos
 las nupcias imposibles del Ensueño.

VII

Ilumina las sombras de repente
 un sendero de luces estelares,
 y ceñidas las sienas de azahares,
 avanza tu blancura, sonriente.

Bajo tu casta aparición se siente
 serenarse el tumulto de los mares,
 mientras la Luna teje en sus telares
 velos de plata para ornar tu frente.

Tu voz llega, como una silenciosa
 música de misterio, á mis oídos...
 Florece en mi rosal la primer rosa,

y á un gesto de tus manos irreales
 vuelven las viejas aves á sus nidos
 abandonados entre los rosales.

VIII

Cual si acabara de dejar su estrecho
ataúd, empolvado todavía,
tu recuerdo quimérico surgía
con el cabello inmaterial deshecho.

Bajo la blanca túnica, tu pecho
con un ritmo inmortal latir se oía,
igual que cuando, vivo, lo sentía
bajo mi mano, sobre el blanco lecho.

Tu actitud, presagiábame imposible:
—¡No sueñes! Tu cariño es imposible!
Y en un constante y angustioso grito

sollozaba de amor mi vida entera,
y la piedad de tu mirada era
una prolongación del Infinito!

IX

El crepúsculo está lleno de aromas,
de campanas de plata y de cantares...
Zumban abejas en los azahares.
Baja un temblor de esquilas por las lomas.

El aire sabe á miel de abiertas pomas,
y al tornar á sus blancos palomares
proyectan en los verdes olivares
sus sombras fugitivas las palomas.

Yo sueño con tu amor... Una infinita
dulzura sube del florido huerto...
¿Por qué el ensueño de una margarita,

hoja tras hoja mi saudade arranca,
si en la penumbra del balcón abierto
falta esta tarde tu silueta blanca?

X

¿Cómo era su perfil, dime, Deseo?
 ¿Cómo era aquel perfil gracioso y fino
 digno de que un orfebre florentino
 lo cincelase sobre un camafeo?

Cierro los ojos, y tan sólo veo,
 como á través de un lago cristalino,
 esfumarse su sombra ante el divino
 temblor de un fugitivo parpadeo.

Sólo recuerdo, muy confusamente,
 la pálida blancura de su frente
 bajo las sombras de la cabellera,

y su mirar, que á todos envolvía
 en esa gradual melancolía
 de una puesta de sol en Primavera.

XI

Un ensueño de amor la tarde evoca.
 En el jardín de mis nostalgias muerdo
 la fragante manzana de un recuerdo
 perfumado de besos por tu boca.

Un índice de paz mis labios toca...
 De todo cuanto amé ya no me acuerdo,
 y en un silencio sepulcral me pierdo
 cogido al brazo de mi vida loca.

Deja á la vida, corazón, que vaya
 á triunfar ó á morir en la batalla.
 Aun cuando venza, al fin será vencida.

¡Vuelve á soñar á tu jardín florido!...
 El Ensueño es más bello que la Vida,
 y el Recuerdo más dulce que el Olvido!

XII

Se desliza tu pie, descalzo y leve,
por los jardines de mi Primavera,
sin marchitar un pétalo siquiera,
entre frágiles cálices de nieve.

Ni el ruiseñor á respirar se atreve,
temiendo, acaso, que su voz te hiera,
y la brisa, en tu frágil cabellera,
se oculta temerosa y no se mueve.

Te acercas á mi hogar. Se para dentro
del pecho el corazón, al presentirte,
á través del Olvido y de la Muerte,

y enmudece mi voz porque no encuentro
ni una sola palabra que decirte...
¡Tan honda es la emoción que siento al verte!

XIII

En el gris otoñal de la avenida
se esfuma la ilusión de tu silueta,
con un temblor difuso de violeta
en un sueño de amor desvanecida.

Sobre algún banco me quedé sin vida
bajo un negro ciprés, en la glorieta
donde todo dolor duerme y se aquieta
y hasta el recuerdo más tenaz se olvida.

¡Sigo tus pasos cual tu propia sombra,
y en vano el labio tímido te nombra,
quimérica ilusión de mis antojos...

Te llevo concentrada en mi deseo,
y sé que nunca me veré en tus ojos
aunque en mis ojos sin cesar te veol

XIV

Igual que un pobre que tan solo cuenta
con una humilde casa en esta vida,
y de pronto su casa ve invadida
por la corriente lóbrega y violenta;

y al pasar el furor de la tormenta
y volver á su cauce la avenida,
encuentra su morada destruída
y en sus escombros á llorar se sienta,

mi alma, curvado sobre el pecho el cuello,
sollozante y mesándose el cabello,
entre las ruinas del pasado yerra...

—¿Es posible, Señor—grita mi espanto—
que aquellos labios que besara tanto
se haya comido sin piedad la tierra?

XV

Su vida era un ensueño de armonía.
La sombra de mi amor, como una esclava
tras ella, sonriente, caminaba,
y el oro de sus pasos recogía.

Sólo su corazón se entristecía
cuando mi corazón se acongojaba,
y era porque al unísono rimaba
el alma suya con el alma mía.

Se hicieron sus sonrisas inmortales
para asomarse á todos los umbrales
donde solloza el infortunio humano

y levantar las frentes abatidas,
y fué creada su divina mano
para abrir sueños y cerrar heridas.

XVI

Con lenta timidez, sin hacer ruido,
 envuelta en un sudario astral de luna,
 llegas hasta mi alcoba, como una
 sombra desenterrada del olvido.

Todo se ve confuso, como hundido
 bajo el agua espectral de una laguna...
 Y entre tu larga cabellera bruna
 va despertando tu perfil dormido.

Viertes un vago encanto indefinible,
 y cuando el labio tu dulzura nombra
 fulguras en mis noches de poeta,

cual si una mano angélica invisible
 trazara con un fósforo en la sombra
 la blancura inmortal de tu silueta.

XVII

La media luna es una hoz que siega
 aureas estrellas sobre el claro y frío
 cristal de plata del sonoro río
 que espeja el verde ensueño de la vega.

Un resplandor astral mi vista ciega,
 y, húmedos los cabellos de rocío,
 como una sombra, á tu sillón vacío
 para mirarme tu recuerdo llega.

Tu presencia en mis párpados derrama
 el vago sueño de lo que no existe...
 Y á veces te contemplo, mientras duermo,

sentada en tu sillón, junto á mi cama,
 como una joven madre, muda y triste
 velando el sueño de algún hijo enfermo.

XVIII

Mi vida es el silencio de una espera...
Se escapa de mis ojos la mirada,
ansiendo contemplar la sombra amada
que en otros tiempos á mi lado viera.

La mano palpa, cual si presintiera
negrear en la atmósfera callada
la seda tibia de su destrenzada,
profusa y olorosa cabellera.

Mi oído de impaciencia se estremece,
un olor á algo suyo el viento exhala...
—¿Estás ya aquí?—le digo, y me parece

que *aquí estoy*, dulcemente, me contesta
aquella voz que pasa como un ala
rozando fugitiva la floresta.

XIX

La paz suave de tu nombre, Elisa,
no sé qué piedad mística contiene
que eternamente hasta mis labios viene
á perfumar de ensueños mi sonrisa.

Mano de paz que mi cabello alisa
y beso interminable... Á la par tiene
la claridad celeste de Selene
y el frescor fugitivo de la brisa.

En cinco letras su dulzura encierra
la más piadosa música que he oído...
No temas que contigo, bajo tierra,

también tu nombre terrenal sucumba...
Mi amor sabrá librarlo del Olvido
y le dará la eternidad por tumba.

XX

En tanto que haya Amor y deje el día
 en cada pecho una inquietud secreta,
 mientras tenga perfumes la violeta,
 no morirá tu nombre, muerta mía!

Y quizás una reina, en su agonía,
 envidiando tu suerte, dirá inquieta:
 —¡Oh, quién fuese la amada del poeta
 para vivir eterna en su poesía!

Romper no puede el tiempo nuestros lazos...
 Si te arrancó la muerte de mis brazos
 mi amor te arrancará de brazos de ella,

para que unida á él, eternamente,
 mientras en el azul quede una estrella,
 vivas en la memoria de la gente!

XXI

Este libro es un ramo de azucenas
 que un ángel en los cielos ha cogido
 para librar tu nombre del olvido
 en la memoria de las almas buenas.

En estrofas trocáronse mis penas;
 todo, verso por verso, lo he vivido,
 y sentiréis en él hasta el latido
 de la sangre que corre por mis venas.

Lo improvisé llorando y recordando:
 es el dolor de toda una existencia;
 son gemidos profundos y dispersos...

Y á medida que más vayais amando
 ireis sintiendo con mayor violencia
 la amargura infinita de estos versos.

FIN

ELOGIOS LÍRICOS

I

Á VILLAESPESA

Vuelve, doliente viajero del áureo plectro enlutado,
silenciosa, lentamente vuelve al Valle del Pasado
oculto al mundo, mas no á ti;

allá un cirio milagroso arde y nunca se consume,
allá la flor del Ensueño vierte su extraño perfume
sobre una losa que sella los misterios de Ulalume...
postérnate ¡oh, Poeta! allí.

Es el Valle del Recuerdo, son las riberas nocturnas
do almas errantes acendran en el mármol de las urnas
el negro elixir del Dolor;

el cáliz ¡oh Inconsolable! al labio árido avecina,
y ante el ara que erigiste á la Ausente Peregrina
sentirás cómo tu espíritu se transfigura y culmina
con la embriaguez de aquel licor.

Reconstruye tu pasado, repasa senda por senda,
y á tu Muerta omnipresente lo más puro de ti ofrenda,
flor de pasión y de piedad;

con mudo recogimiento su casta imagen resguarda,
no la toque del olvido el ala fúnebre y tarda,
y su lámpara en el templo día y noche alumbre y arda
con inextinta claridad.

Son huéspedes dolorosos de todos nuestros instantes
los caros muertos... Nos miran y nos hablan como antes,
y qué tristes sus voces son!

¡Oh Muerte! ¡Oh transformadora! tu victoria fué incompleta;
no del todo te llevaste á la Amada del poeta...
Mientras él viva, ella alienta vida férvida y secreta
en lo mejor del corazón!

Es vencedor de la Muerte el Amor que se levanta
y el Dolor transfigurado en inspiraciones, canta,
y cantando á la cumbre va;

en el éter de sus lágrimas evapora una ambrosía,
y en ojos ya sombreados de letal melancolía
refleja el azul que brilla en serena lejanía
de las tormentas más allá.

Sobre el sombrío naufragio más blanca la espuma flota,
la inspiración unge el alma que excelso dolor azota;
sobre los brazos de una cruz

deshoja sedeños pétalos la mística tricopelia,
y encima de la onda pérfida que hunde el cadáver de Ofelia
la poesía en los cielos traza misteriosa antelia
como una gran visión de luz!

El Tiempo es río de lágrimas que se arrastra lentamente,
de sus ondas tenebrosas en la insondable corriente
naufragó tu felicidad...

En la fúnebre ribera, tu Genio, oh hijo de Apolo,
como una estatua que azotan gélidos vientos del polo,
superior al Infortunio, se alza desolado y solo
con su amor y con su piedad!

CARLOS ARTURO TORRES.